

## DIGRESIONES GEOGRAFICAS EN QUINTO CURCIO

José Luis Riestra Rodríguez

La obra de Quinto Curcio Rufo, como todo el quehacer histórico de la humanidad, está estrechamente conexas con la Geografía. La historiografía concibe a la Historia como obra humana, despojándose con ello de todo ropaje teocrático para convertirse en humanista. Quedará, pues, limitada a lo meramente narrativo, a lo descriptivo, a dar luz a los hechos acaecidos en la humanidad por su propia acción, a lo pragmático. Es éste el valor que le asignó Isócrates y, como él, Curcio o Tácito. La historiografía romana, como la griega, será pues, eminentemente narrativa, papel otorgado por su finalidad, esto es, la de salvar del olvido una determinada época, hecho o personaje<sup>1</sup>. Así, esta historiografía cronística que tratará de poner obstáculo a la natural amnesia humana, se encuadró, al igual que las acciones que describe, en un contexto y éste se lo dará la Geografía. Geografía descriptiva por excelencia, la *chorographia* griega, pues ella es el escenario ideal donde ubicar los hechos humanos. Ello es patente en autores como Salustio, Curcio o Tácito, que realizarán una Geografía propia de su época y en total dependencia con su narrar histórico. Pero mientras que la Geografía de Tácito está revestida de un carácter universalista, pues es éste el de su Historia, tanto la de Salustio como la de Quinto Curcio las podemos calificar como zonales. La del primero se circunscribe a Africa, escenario de las acciones de Juba, al Oriente las del segundo, lugar donde las armas alejandrinas actúan. Son, pues, dos mundos opuestos los que se describen; uno, el de Tácito, abierto, universal, como el orbe romano, como su obra, que trata de explicar los hechos de Roma en este contexto. El otro, cerrado, ceñido a una determinada zona, pero no por ello impregnado de grandiosidad, como los hechos de armas de sus protagonistas. Así pues, la Historia definirá el objeto de lo que podemos calificar como ciencia auxiliar, esto es, de la Geografía. Su método será la observación directa, la *autopsia* griega<sup>2</sup>.

No estamos en disposición de afirmar o negar si Quinto Curcio fue fiel a esta línea del cientifismo griego pues desconocemos quien fue<sup>3</sup>. Sí podemos decir que su obra recoge en gran medida el aporte

---

<sup>1</sup> En tiempos de Polibio, la Historia era concebida como un pasatiempo para los ratos de *otium*, era algo accesorio. Para el tema cf., B. Lacroix, *L'Histoire dans l'antiquité*, París 1951, 211. En Curcio se intuye también este carácter (V, 1, 38).

<sup>2</sup> Cf., G. Nenci, "Il motivo dell'autopsia nella storiografia greca", *SCO* 1953, 14-46.

<sup>3</sup> Distintos *Q. Curtius* son mencionados por Cicerón, *Ad Quin. frat.*, II, 2; Tácito, *Ann.*, XI, 20-21; Plinio, *Cartas*, VII, 27, 2. Para el tema de Q. Curcio en general puede verse, G. Radet, "La valeur historique de Quinte-Curce", *CRAI* 1924, 356-365; H. Bardon, "Quinte Curce", *LEC* 15, 1947, 3-14, 120-137, 193-219; C. Wehrli, "La place de Trogue-Pompée et Quinte-Curce dans la historiographie romaine", *REL* 39, 1961, 65-76; J. E. Atkinson, *A commentary on Q. Curtius Rufus Historiae Alexandri Magni Books 3 and 4*, Amsterdam 1980; L. Pearson, *The lost histories of Alexander the great*, Philadelphia 1983, 217-224; J. Costas Rodríguez, *Aspectos*

geográfico de épocas anteriores al griego o romano. Su *chorographia* es poseedora de la variedad científica que caracterizó a la de su edad de oro, esto es, a la de Polibio, Posidonio o Artemidoro de Efeso, aunque siempre restringida al carácter de su obra. Así, sus descripciones están siempre envueltas en el ropaje histórico al que trata de servir de escenario. Su finalidad, el enriquecimiento comprensivo del posible lector que desconoce las distintas zonas de que habla. Al mismo tiempo, sus digresiones geográficas, sus descripciones, se convierten en lo que M. P. Hamon califica como género apodíctico<sup>4</sup>; en elementos utilizados para ratificar (en muchas ocasiones) el heroísmo de las armas alejandrinas, de Alejandro. El desconocimiento del terreno, la hostilidad de su geografía, etc., son considerados por Curcio, a veces de forma libresca, como entes ratificadores de lo antes expuesto. No existen en sus escritos digresiones que se salgan de este contexto, que no tengan otra finalidad que la ilustrativa y ensalzadora de la epopeya del macedonio.

Nuestro primer paso ante la magnitud de datos geográficos que encierra la obra de Curcio es darle una sistematización. Realizar una ordenación de esta aportación científica en las que se armonicen las concepciones geográficas de la antigüedad con las innovaciones propias de nuestro tiempo<sup>5</sup>. Ateniéndonos a dicha estructuración, y aplicándola a la obra de Curcio, indicar que su obra encierra toda una serie de datos y elementos que encuadran perfectamente tanto en el dominio de la Geografía Física como Humana. Su narrativa adolece, no obstante, de aportaciones concernientes a la Astronomía, a nuestro Planeta y su lugar en el Universo y el que se refiere a la representación cartográfica. Nuestro autor no alude para nada a lo largo de su Historia a estos dos apartados de la Geografía.

La carencia de datos, alusiones o referencias a temas astronómicos se puede explicar por varios motivos. En primer lugar, este tipo de digresiones exceden totalmente la temática de la obra, no contribuyen en nada a ilustrarnos sobre las acciones de Alejandro, su finalidad. Igualmente se puede explicar analizando las concepciones del autor a través de sus escritos. Así, el ideario que Curcio patentiza en ellas, es fruto de un muy cuidado racionalismo. Cuando el conocimiento científico del momento no alcanza a explicar un hecho dentro del orden natural, el autor no recurre para desentrañarlo al tan manipulado matiz teológico. Se limita a ignorarlo o a realizar una mera alusión sin ahondar en su causalidad. Por ello, podemos decir, que la preocupación teocrática de Quinto Curcio en su aplicación al apartado científico es nula. El recurso de la acción divina como explicación de un hecho no es utilizado nunca por nuestro autor. En Curcio se da una total ruptura con la tradición latina en la que ciencia celeste, religión y astrología estaban íntimamente conexas. Divorcio, pues, con lo heredado que marcaba el espíritu práctico del latino. Este le movía a estudiar el Universo no en su aspecto matemático sino como manifestación de la voluntad de los dioses y de su estado anímico sobre los asuntos terrenos<sup>6</sup>. El plano cartográfico no está igualmente presente en el quehacer histórico de Curcio. Probablemente la causa sea lo limitado de los conocimientos existentes y el no ser este campo

---

del vocabulario de *Q. Curtius Rufus*, Salamanca 1980.

<sup>4</sup> M. H. Hamon, *Introduction à l'analyse du descriptif*, París 1981, 12.

<sup>5</sup> La principal dificultad con que nos encontramos es que, aún en la actualidad, la Geografía puede ser calificada como ciencia ecléctica. Ciencia que participa de las innovaciones e influencias de otras, beneficiándose de ello en mayor o menor medida. Ciertamente es que esto es común a todas las ramas del saber humano. Por ello establecer una barrera divisoria de campos de acción en las distintas especialidades es difícil, pero aún más en la Geografía. Para el tema cf., P. Pedech, "Les progres de la géographie descriptive dans l'antiquité", *RCCM* VI, 1964, 109-120. El autor nos dice que, en el dominio de la Geografía de los "antiguos", se podían fijar dos objetivos. "En primer lugar la realización de una reseña morfológica de la superficie de la tierra, esto es, de lo que hoy denominamos Geografía Física. En un segundo plano, el estudio iría dirigido hacia las distintas etnias que pueblan las zonas del Planeta comprendidas en el *oikoumene*, de su entorno y de sus relaciones, es decir, hacia lo que en la actualidad queda definido dentro de la Geografía Humana". Bajo nuestro punto de vista, a estos planos habría que añadir otros presentes de una forma u otra en algunos autores de la antigüedad: los concernientes al Universo, esto es, a la ciencia astronómica, y el que incumbe a las formas de representar todos los elementos geográficos, es decir, la cartografía.

<sup>6</sup> Puede verse al respecto la mención que hace de un eclipse (IV, 10, 2). El autor realiza una mera descripción de él. No explica su causalidad, bien por desconocimiento o por otros motivos, pero tampoco hace intervenir a la divinidad como ente explicativo.

de la ciencia objeto de su obra.

Los restantes apartados de la estructuración geográfica, están inmersos, de una forma u otra, en las parciales descripciones explicativas que da de las distintas zonas, en las que actúan las armas alejandrinas. En aquellos, los conocimientos que sobre los hechos naturales nos plasma Curcio son un tanto descriptivos cuando no rudimentarios<sup>7</sup>; no existen explicaciones del porqué de la existencia de los distintos elementos de la Naturaleza. Puede decirse que lo que en realidad Curcio hace es una Geografía Descriptiva del mundo físico, del hecho natural.

Como Estrabón o Polibio, Curcio, distingue entre lo mítico y lo histórico<sup>8</sup>. No obstante, la mitología tiene, a veces, un lugar en sus *excursus*, aludiendo, en ocasiones, al origen mítico-teocrático del epónimo que cita<sup>9</sup>. Sin embargo, no podemos afirmar que guste recrearse en aquél. Sus fuentes, la moda o necesidades narrativas le obligan a ello<sup>10</sup>. Será, así, receptor de la corriente que se fue abriendo un lugar en el horizonte de la Geografía, aunque en principio no conforme un cuerpo común con ella. Como consecuencia, leyendas fabulosas comienzan a bullir en torno a nombres de ciudades, sistemas orogénicos, golfos, istmos, etc. en forma de epónimos fabulosos<sup>11</sup>. Esta forma de exposición creada por Hecateo de Mileto, incorporará a sus escritos la tradición mitológica nacida con Homero. Hecateo será quien de forma literaria a la Geografía, haciéndola asequible a un público profano, ávido de conocimientos de tierras lejanas, indómitas. La escuela alejandrina, prototipo de erudición mitológica y geográfica, ampliará esta herencia. Tradición que llega a Roma de manos de las tragedias griegas en las que los personajes viajan por lugares alejados y extraños. Así, el escritor romano aporta elementos, imágenes y leyendas en las que están incorporados muchos elementos geográficos<sup>12</sup>. Como afirma J. Marouzeau, "*le nom personnel géographique est un ornement poétique qu'il serait, dans beaucoup de cas, inutile ou impossible de justifier par des arguments de circonstances*"<sup>13</sup>. Pero Curcio, al igual que antes Estrabón<sup>14</sup>, en aparente contradicción ambos, se sitúa en la corriente propiciada por el pensamiento helenístico. Esta propugna la investigación con el arma de la ciencia como forma de oposición a los mitos de la narrativa anterior<sup>15</sup>. El mito es, para él, algo aleatorio, que le viene dado de manos de la tradición, al que no da ninguna credibilidad pero que introduce en sus escritos ante lo atrayente de su exotismo. Es pues, un método, un útil de su quehacer literario, meramente eso. De esta forma conjuga las concepciones antiguas y las actuales<sup>16</sup>.

Su obra presenta una linealidad geográfica circunscrita a la cronología de la propia de Alejandro. Linealidad que frecuentemente rompe al utilizar (como ya expusimos) la Geografía como útil apodíctico ensalzador de la epopeya alejandrina; su idealización de la figura del macedonio puede más que un posible intento de sistematización científica. Como consecuencia de ello, no todas las regiones

---

<sup>7</sup> No obstante, la obra de Quinto Curcio, recoge (en determinadas ocasiones) en su apartado físico todos los elementos que Séneca (*Nat. Quast.*, II, 1, 1-13) esquematiza para lo que, según su entender, debía ser un perfecto análisis del Universo. ...*Secunda pars tractat inter caelum terramque uersantia. Haec sunt nubila, imbres, niues, <uenti, terrae motus, fulgura>.... Tertia illa pars de aquis terris, arbustis, satis quaerit et, ut iurisconsultorum uerbo utar, de omnibus quae solo continentur.*].

<sup>8</sup> Cf., S. Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, Roma 1974 (4ª ed.), 111.

<sup>9</sup> VIII, 10, 11; VII, 3, 22.

<sup>10</sup> Por ejemplo Diod., XVII, 7-4; Arria., V, 1, 6.; 2, 5. De igual forma, es receptor, de todo el legado de la poesía latina encarnada en figuras como Virgilio, Ovidio, etc.

<sup>11</sup> P. Pédech, *La géographie des grecs*, París 1976, 45-46.

<sup>12</sup> A. Cattin, "La géographie dans les tragédies de Sénèque", *Latomus* XXII, 1963, 685-703.

<sup>13</sup> J. Marouzeau. "L'accès de Rome à son destin littéraire", *Bull. de l'Assoc. G. Budé* 1954, 71, (citado por A. Cattin, *op. cit.*, 686.).

<sup>14</sup> D. Plácido, "Estrabón III. El territorio hispano, la Geografía griega y el imperialismo romano", *Habis* XVIII-XIX 1987-88, 243-256.

<sup>15</sup> S. Mazzarino, *op. cit.*, 509.

<sup>16</sup> Estrabón sintetiza (según D. Plácido, *op. cit.*, 244, citando a J. C. Bernejo, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, II, Madrid 1986, 18) ambas concepciones al presentarlo como instrumento de terror en manos del estado. Para el tema ver igualmente G. Amiotti, "Le colonne d'Ercole e i limiti dell'ecumene", *Il confine nel mondo classico*, Milán 1987, 13-21.

del itinerario seguido por Alejandro tienen el mismo trato en nuestro autor. Se detiene ampliamente al describir unidades como Persia, India, Bactriana, Sogdiana o Cilicia; en menor medida en Arabia y realiza una pequeña alusión con la finalidad de delimitarla en Partia.

Esta postura de Curcio se explicaría mediante una clara intencionalidad de dar noticias más o menos pormenorizadas de regiones poco conocidas en su tiempo. Pero, al mismo tiempo, puede aducirse que nuestro desconocido autor se ve influido, por la corriente literaria de tintes románticos que se recrea en lo exótico, pintoresco y desconocido y de ahí su atracción. Su mismo estilo, de gran colorido poético y sin ninguna finalidad práctica lo corrobora. De igual forma, sus digresiones como en el caso de Tácito, estarán siempre subordinadas a su quehacer histórico y al impacto que ellas pueden provocar en la colectividad. Intenta, pues, dar emoción a su narrativa y en determinados casos patentizar el heroísmo de las armas macedonias que luchan en territorio hostil y desconocido. Podríamos decir que sus descripciones son preámbulos narrativos generales que posteriormente particulariza y engrandece. Ellos le sirven para patentizar el valor en unos casos, el miedo en otros, la cobardía, el sufrimiento. En fin, todo un cúmulo de sentimientos humanos orientados a predisponer al lector. El trasfondo de su quehacer geográfico es claramente ideológico, fruto de su idealización de la gesta alejandrina.

En estas descripciones Curcio comete errores, algunos propios, otros de sus fuentes, pero no por ello desmerece su obra geográfica. El, como el resto de los cronistas de Alejandro, da menos importancia a las zonas que atraviesa el rey que a los hechos de su conquista. Puede hablarse de una utilización de la Geografía; el hecho histórico oscurece el geográfico, tal es el caso de Plutarco o Diodoro Sículo. No habrá que olvidar que Curcio escribe según lo marcado por sus fuentes, y por ello, es portador consciente o inconsciente de sus errores. Errores que son cometidos por éstas, por complacencia o intencionalidad o bien por carencia de visión crítica para paliarlos. Curcio, con ello, es un mero transmisor<sup>17</sup>. No obstante, a veces, se nos presenta crítico con ellas<sup>18</sup>, menos crédulo en otras<sup>19</sup>, en algunas muestra su falsedad<sup>20</sup> y en otras, ironiza la credibilidad de algunos autores<sup>21</sup>.

Al igual que Polibio, no pretendió realizar una *chorographia* universal, sólo intentará presentar zonas concretas del mundo donde transcurren los hechos que narra. Su horizonte, por tanto, en el dominio de lo concreto, es la región natural.

Su individualización y configuración zonal se basará, al igual que Estrabón, en tres elementos: orografía, red hidrográfica y, eventualmente, estructura costera, flora y desiertos. A ellos, Curcio añadirá, en algunas ocasiones, el clima. Por el contrario, no es continuador de las doctrinas jónicas representadas en este caso por Hecateo de Mileto para quien las distintas etnias servían para diferenciar regiones o países<sup>22</sup>. Así, los diversos elementos geofísicos heredados de Estrabón juntamente con los propios, unidos y en total dependencia, conforman los más variados tipos de paisajes que quiere mostrar<sup>23</sup>. El relieve que representa el obstáculo de la Naturaleza a la acción humana conjuntamente en determinadas ocasiones con las corrientes fluviales; la dualidad mar-desierto, ámbitos impenetrables en muchos casos por su hostilidad y misterio; ciertos tipos de climas. Elementos, todos que configuran la Naturaleza "salvaje y deshumanizada". En oposición se encuentra lo que J. Boireau califica como "paisaje ideal" de Quinto Curcio que se "*determine par opposition aux deux precedents types*"<sup>24</sup> *il se caracterise par la presence d'arbres et d'ombres, par l'existence d'un climat temperé et doux, par la*

---

<sup>17</sup> Cf., IX, 5, 21.

<sup>18</sup> VII, 8, 11; IX, 1, 34.

<sup>19</sup> VIII, 1, 14-17; cf., Sén., *De Ira*, III, 17, 2; *De Clem.*, I, 25; Just., XV, 3, 7-8; Plin., VIII, 21, 54.

<sup>20</sup> VII, 10, 14; cf., Arr., IV, 5, 7; Plut., *Alej.*, LVII, ss.

<sup>21</sup> VIII, 10, 18; cf., F. Pejenaute, *Quinto Curcio Rufo. Historia de Alejandro Magno*, Madrid 1986, 48-50.

<sup>22</sup> P. Pedech, *La géographie*, 45.

<sup>23</sup> J. Boireau, "Conception de l'histoire en Grèce et à Rome. La dimension géographique de l'histoire. Herote et Quinte-Curce", *Caesarodunum* 3, 1969, 143-146.

<sup>24</sup> Para el autor citado son dos los elementos que configuran esa naturaleza hostil relieve-ríos, mar-desierto. Bajo nuestro punto de vista, en Curcio determinados tipos de climas contribuyen a crear la mencionada imagen (VIII, 4, 1-6; VII, 5, 3).

*presence d'eaux, fleuves ou sources*<sup>25</sup>.

En este "paisaje ideal" de Curcio se podría encuadrar perfectamente su descripción del oasis de Siwah<sup>26</sup>. Este remanso de paz y vida en medio del desierto con abundancia de vegetación, de agua, temperatura agradable y fuentes como las que él denomina "agua del sol", es un prototipo<sup>27</sup>. Igual cabida tendría en este apartado los valles de Hicarnia, cuya riqueza en productos de la tierra y agua así como la benignidad de su clima es mencionada por Plinio<sup>28</sup>. Ambos tipos de paisajes, hostil e ideal, Curcio los encuadra, al igual que Heródoto, en un marco histórico, consiguiendo que Geografía e Historia estén en total dependencia y armonía. Hasta tal punto que los distintos elementos geográficos son utilizados por él (al igual que Estrabón) para individualizar y caracterizar un pueblo o zona como dominio de la barbarie o de la civilización.

Ciertamente Curcio no tendrá ningún reparo a la hora de calificar a algunos pueblos como bárbaros. Al mismo tiempo, siguiendo el modelo del autor griego, difumina en sus descripciones toda una serie de elementos naturales, que una vez unidos, configuran su juicio sobre el carácter bárbaro o no de un pueblo<sup>29</sup>.

Como en Estrabón lo bárbaro estará caracterizado por toda una serie de elementos aparentemente dispares pero que una vez unidos lo individualizan<sup>30</sup>. Al mismo tiempo, como en él, en Curcio, se dará una interrelación entre el elemento físico y el económico con sus repercusiones sociales sobre los distintos habitats<sup>31</sup>. Puede hablarse pues, de un determinismo natural con repercusiones no sólo en los apartados anteriormente citados sino en el de la fisonomía y carácter<sup>32</sup> de las poblaciones. Pero, al igual que en el autor griego, el aludido determinismo en Curcio también es parcial. Si para Estrabón la causa estribará en el hecho de ser Grecia un país de montañas y por tanto caracterizable como bárbara, en nuestro autor, la patria de su idealizado protagonista es la montañosa y árida Macedonia<sup>33</sup>.

Seguidor de la cosmografía anterior, concibe el mundo dividido en tres grandes unidades: Europa y Asia, separadas por el Tanais y, Africa que tiene como frontera con Asia a Egipto<sup>34</sup>. Europa y Africa son aludidas de forma pasajera, no nos da una idea clara de sus conocimientos geográficos sobre ellas. De Asia, en su libro III, nos habla en forma general, ligera y sucintamente. Alude a su zona septentrional y a su forma, *speciem insulae praebeat*<sup>35</sup>. Como Heródoto<sup>36</sup> y Plinio<sup>37</sup>, concibe

---

<sup>25</sup> J. Boireau, *op. cit.*, 144.

<sup>26</sup> IV, 7, 16-22.

<sup>27</sup> Heródoto (IV, 181) y Diodoro Sículo (XVII, 50, 1-7) recogen menciones sobre ella bajo el apelativo de "fuente del sol". Los tres coinciden en decir que sus aguas poseen la temperatura adecuada según el momento del día de que se trate.

<sup>28</sup> Plin., XII, 8, 34; Q. Cur., IV, 4, 20.

<sup>29</sup> Cf., P. Thollard, *Barbarie et civilisation chez Strabon. Etude critique des livres III et IV de la géographie*, París 1987, 6-7.

<sup>30</sup> P. Thollard, *op. cit.*, 7-12. El autor ha aislado en la obra de Estrabón toda una serie de elementos que el griego utilizaba indiscriminadamente para su caracterización de bárbaro o civilizado. Entre ellos los elementos de barbarie (la rudeza, la naturaleza salvaje), las condiciones geográficas (la latitud en la que esté situada la población, las montañas, bosques, lo oceánico, la carencia de relaciones), recursos económicos (lo estéril, desolado, lo gélido), modos de vida (guerra continuada, el pillaje), vida social (sin relaciones, dispersión, vivir en aldeas). A estos contraponen las características de lo civilizado: lo apacible del carácter, el litoral, llanuras, riqueza natural, relaciones con otras naciones, la agricultura, la vivencia en comunidad, etc. En Curcio, estos elementos se dan, de una forma u otra, con mayor o menor intensidad, acorde con su intencionalidad.

<sup>31</sup> Los distintos elementos físicos que conforman la Naturaleza, montañas, climatología adversa, etc., repercuten en la pobreza de los recursos económicos y éstos, a su vez, en el aislamiento ante la dificultad de comunicación y en el consiguiente favorecimiento del habitat disperso. De igual forma, la imposibilidad de practicar la agricultura imposibilita la sedentarización. Los anteriores factores darán como resultado lo que P. Thollard, *op. cit.*, 13, califica como "cercles vicieux", característico de lo bárbaro.

<sup>32</sup> Cf., V, 5, 11; VII, 3, 5, etc.

<sup>33</sup> P. Thollard, *op. cit.*, 16-18.

<sup>34</sup> IV, 8, 5; VI, 2, 13; VII, 7, 1-3.

<sup>35</sup> III, 1, 13.

la Península Anatólica entre el *Pontus Euxinus* y el mar de *Cyprus*, extremadamente estrecha<sup>38</sup>. Con anterioridad expusimos que sitúa el Tanais como frontera entre Europa y Asia. En este apartado no es seguidor de Heródoto<sup>39</sup>, para quien la corriente fluvial era el Colco; su fuente será Estrabón<sup>40</sup>. Mediante esta elección, Curcio se muestra partidario de la teoría de Hipócrates, para quien Asia septentrional quedaba excluida de Europa<sup>41</sup>. Por el contrario, no realiza una visión general de las unidades regionales de la zona como hace Estrabón al referirse a una determinada unidad geográfica. Pone en boca de Alejandro el carácter extremo de la India<sup>42</sup>. Con ello, todo parece indicar una similitud de ideas con Hecateo y su peculiar visión del orbe<sup>43</sup> en las que se apoyará Heródoto para explicar las crecidas del Nilo<sup>44</sup>. Ideas, ambas, que en coincidencia con Estrabón, conceptuaban al mundo como un todo cuyo centro será el Mediterráneo<sup>45</sup>.

Al iniciar su descripción del itinerario alejandrino por tierras extranjeras comienza (en lo que nos queda de su obra) por Frigia, caracterizada por su río Marsias, que divide en dos a su capital Celenas. Alude a su fama debido a las leyendas griegas<sup>46</sup>, sin detenerse en ellas, para posteriormente describirlo<sup>47</sup>. Habla de su nacimiento y de la calidad de sus aguas, a las que deben su riqueza las llanuras colindantes. Por el contrario, las poblaciones de la zona, a pesar de poseer todas las condiciones favorables para alcanzar un alto grado de civilización (llanura, agua, fertilidad del terreno), viven dispersas en aldeas (caracterización de lo bárbaro).

Si el Marsias es utilizado por Curcio para caracterizar una parte de Frigia, a lo largo de su obra otras tantas cuencas fluviales tendrán un papel similar. El detallismo en sus apreciaciones vendrá marcado por la importancia que éstas jueguen en las acciones del macedonio. Nos encontramos así con ríos desconocidos que son descritos con profundidad y, por el contrario, cuencas de la importancia del Nilo sólo son aludidas de forma pasajera. No persigue, con ello, otra finalidad práctica. La casuística de sus descripciones no es pedagógica, simplemente ilustrativa de elementos pocos conocidos o exóticos y por tanto atractivos. Tampoco especulativa, y de ahí su difuminada mención del río egipcio, consciente de los problemas que conllevaría una descripción detallada de él. El dar respuesta al origen

---

<sup>36</sup> I, 72, 3.

<sup>37</sup> *Nat. Hist.*, VI, 2, 7.

<sup>38</sup> *Inter haec maria angustissimum Asia spatium esse comperimus utroque in artas fauces compellentia terram* (III, 1, 13).

<sup>39</sup> IV, 45, 2.

<sup>40</sup> XI, 1, 1.

<sup>41</sup> *Sobre los aires*, XIII.

<sup>42</sup> IX, 1, 3. En este punto una vez más, nuestro autor coincide con Estrabón (I, 1, 8). Al mismo tiempo, da a entender (de nuevo ratifica por medio de Alejandro), que más allá de la India se encontraba el Océano exterior.

<sup>43</sup> Hecateo suponía un mundo que partiendo del *Pontus Euxinus* tenía al norte el Mar Exterior, al oeste, la tierra de los ligures (a igual latitud que los escitas), al este, el Indo y, más allá, los desiertos, al sur, África, bordeada por tierras deshabitadas, el reino de la inmensidad. Este Océano Exterior, según las corrientes tradicionales limitaba todas las partes del orbe y, para Tácito, (*Ger.*, XLV, 1) ciñe y encierra el mundo. Es el que Alejandro decide inspeccionar una vez finalizado su periplo asiático. A este hecho alude Curcio al decirnos que Alejandro, *finem terrarum mare inuiseret* (IX, 1, 3). Cf., G. Aujac, "Les traites sur l'océan et les zones terrestres", *REA LXXIV*, 1972, 75-85.

<sup>44</sup> Herodoto (II, 21; 23) se apoyará en estas concepciones para exponer una de las distintas teorías que sobre las crecidas del Nilo narra. Según éstas, Hecateo postulaba dos trópicos, uno de invierno y otro de verano. El primero, situado a la altura del curso superior del Nilo, a la del Ister el segundo. Entre los dos trópicos se encontraba el Ecuador. Este se correspondería con una línea imaginaria transversal que dividiría el Mediterráneo. El sol se desplazaría en latitud entre los dos trópicos dando lugar a las estaciones. Cf., P. Pedech, *La géographie*, 33-38.

<sup>45</sup> II, 5, 25-26.

<sup>46</sup> *Apul.*, *Floridas*, III; Higino, *Fábulas*, 165; Heród., VII, 26; Diod., III, 58; Pausanias I, 24, 1; II, 7, 9; 22, 9; X, 30, 9; etc.

<sup>47</sup> III, 2-5.

de sus fuentes o la causalidad de sus crecidas, se salía del contexto de su obra<sup>48</sup>. Idénticas directrices acompañan sus descripciones del Indo y Ganges. Ellas no están revestidas del detallismo de las propias de Arriano, pero sí de los elementos necesarios para dar una idea de su significado para la región, lo que también hace Plinio<sup>49</sup>. Generalizando, podemos decir que Curcio, con la excepción antes aludida del Nilo, describe lo más característico y relevante de las cuencas que menciona o aquello que más interesa de ellas para su finalidad cronística. Así, Tigris y Eufrates, son ríos que protegen a Darío en su huida y a su reino<sup>50</sup>. Obstáculos de la Naturaleza que Alejandro en su ruta hacia la India se encontrará reiteradas veces, motivado, en ocasiones, por la profundidad de sus aguas. Tal es el caso del Tigris, caracterizado aparte de por su profundidad por lo impetuoso de su curso, que arrastra gran cantidad de rocas y de ahí su nombre<sup>51</sup>. El Pasatigris, que confunde con el Tigris, es caracterizado por su calidad de río de montaña y por lo escabroso del terreno que su cuenca alta recorre<sup>52</sup>, al igual que el aludido Marsias. Sin embargo, el Medo hace de Persia la región más fértil de Asia<sup>53</sup>, las aguas del Etimato son aprovechadas por los indígenas para sus riegos<sup>54</sup> al igual que las del Tigris y Eufrates<sup>55</sup>. Con ello, Curcio hace alusión a su grado de civilización, que se ve acrecentada, en el caso de los rivereños de los dos últimos, por sus ancestrales labores de canalización de las aguas<sup>56</sup>. Labores superadas en el caso de Babilonia, lo que denota el grado de desarrollo alcanzado por esta civilización ya desaparecida pero que Curcio canta ante lo legendario y exuberante de la ciudad<sup>57</sup>. Su gusto, por lo raro u original, lo manifiesta al describir cuencas como las del Politimeto, río de Sogdiana o Ziobetis, que baña las zonas que se suceden de Partia a Hicarnia. De ellos, menciona lo raro de su cauce, que transcurre durante cierto tiempo bajo tierra<sup>58</sup>. Este carácter de originalidad le hace detenerse en el río Oxo<sup>59</sup>, cuyas aguas son calificadas por Curcio de turbias, al portar petróleo<sup>60</sup>.

A pesar de esta mención no puede decirse que Curcio tenga en sus descripciones una marcada preocupación por los recursos económicos de las zonas. Si alude a ellas es para describir los productos de los que se aprovisionan las tropas de Alejandro. Se desmarca con ello claramente de Estrabón y su interés por mostrar los recursos de los distintos paisajes que describe.

Si regiones como Frigia y Mesopotamia son caracterizadas por sus ríos, Cilicia lo será por su peculiar orografía. Los sistemas orográficos para Curcio, como para toda la historiografía latina, tienen una relativa importancia. Ellos forman parte de ese paisaje hostil, barrera al paso humano, presente en nuestro autor. Caracterización del hábitat salvaje y bárbaro por antonomasia, la narrativa romana no incluye estudios sobre su morfología, del porqué de su existencia, etc. El espíritu práctico del romano,

---

<sup>48</sup> IV, 7, 3; 8, 4-7; VIII, 9, 9. Desde antiguo, la importancia de esta cuenca fluvial había provocado una serie de preguntas, con respuestas dispares. Como la del masaliota Eutímenes, que realizó un periplo por la costa atlántica de Africa llegando hasta el río Draa (P. Pedech, *La géographie*, 36) o Senegal. El hecho de que en sus aguas habitase la misma fauna que en las del Nilo, le hace concebir la idea de que el río centroafricano sería la comunicación del egipcio con el Océano (F. Jacoby, *F. Gr. Hist.*, 647, fr. 1). Las antiguas cartas jónicas suponían también en el sur un curso de agua único. De tal suerte que, Nilo e Indo, corrían juntos desde el sur de la India al de Egipto. Para las fuentes del Nilo *cf.*, Sén., *Nat. Quaest.*, IVa; Lucan., X, 270; Arri., VI, 1, 2. Para las crecidas *cf.*, Heród., II, 21; Arri., VI, 6.

<sup>49</sup> *Nat. Quaest.*, VI, 17, 21.

<sup>50</sup> IV, 8, 10; 16; 9, 6.

<sup>51</sup> IV, 9, 16.

<sup>52</sup> V, 3, 1-3. La confusión aludida no es sólo de Curcio, también de Arriano (XLII) y Diodoro Sículo (LXVII,1).

<sup>53</sup> V, 4, 5-9.

<sup>54</sup> VIII, 9, 10.

<sup>55</sup> V, 1, 12.

<sup>56</sup> V, 1, 12.

<sup>57</sup> V, 1, 28-29.

<sup>58</sup> VII, 10, 1-4; VI, 4, 3-8.

<sup>59</sup> VII, 10, 13.

<sup>60</sup> *cf.*, Arri., IV, 15, 7; Plut., *Alej.*, LVII, 5; Estr., XI, 11, 5.

plasmado en sus recitales periegéticos, anota distancias, obstáculos en los itinerarios, lugares por donde salvarlos, etc. y Curcio es fiel a esta innata tendencia latina. Al igual que Estrabón o Polibio gusta mencionar distancias, indicar altura y longitud de las cadenas montañosas, así como su orientación<sup>61</sup>. Estos datos les sirven para delimitar o situar una región, tal es el caso de Persia o Cilicia<sup>62</sup>. Con ello, podemos decir que es continuador de la herencia jónica encarnada por la figura de Hecateo de Mileto. La orografía le sirve, de igual modo, como referencia, como posición relativa para indicar vecindad o lejanía. Al mismo tiempo, gusta recrearse en la descripción de elevaciones aparentemente sin importancia, donde Alejandro sostuvo pequeñas refriegas. Puede hablarse en este hecho de utilitarismo. El salvajismo que caracteriza a las poblaciones asentadas en los altos y lo encrespado del teatro de operaciones le sirven para patetizar más aún, si cabe, la grandiosidad de los actos de Alejandro<sup>63</sup>. Su ya mencionada despreocupación por los recursos económicos de las distintas zonas lo patentiza al no citar las riquezas minerales que en ocasiones estos sistemas guardan en sus entrañas. No obstante, a veces alude a sus producciones, tal es el caso del monte Meros<sup>64</sup>. De igual forma, es transmisor de la idea según la cual el número de ríos de una zona es proporcional a su altura. Esto es, a mayor altitud más cuencas fluviales nacen en su cima<sup>65</sup>.

Su heredada preocupación por mostrar los pasos que horadan los sistemas montañosos y lo exótico del lugar, le hace recrearse en la descripción de los desfiladeros que dan paso a Cilicia, desde Capadocia atravesando la cordillera del Tauro; las denominadas *pylas*. Ellas dan acceso a los valles del Cidno, del Píramo y del Psaro. En este último estaban las denominadas "puertas de Cilicia"<sup>66</sup>. Igualmente, Alejandro, para pasar a la zona de Persépolis se ve obligado a transitar por las "puertas de Susa", también denominadas de Persia<sup>67</sup>.

La región no montañosa de Cilicia, la de los valles del Píramo y del Cidno, es caracterizada por su benignidad conforme desciende hacia el mar. Su *parapotamia* difiere del territorio dejado atrás. Prototipo de lo civilizado, Curcio alude a su riqueza urbanística de antaño y ser ubicación de Tarso, patria del Apostol, así como de su célebre Academia. Del país regado por el Cidno menciona, su calor estival inigualable al de cualquier otra región. Temperatura sofocante que tienen que soportar los macedonios en su tránsito por el desierto egipcio hacia el templo de Ammón<sup>68</sup>. Egipto se ve así doblemente caracterizado: como zona en la que subsisten vestigios de su antigua y esplendorosa civilización (zona de Menfis) y la desértica, zona hostil al poblamiento, habitada por gentes que viven en chozas (sinónimo de barbarie), aisladas.

Alejandro, después de someter a los uxios y anexionarse la satrapía de Susa, entrará en Persia; antes, había mantenido un choque con Ariobarzanes, en las ya aludidas "puertas de Susa".

Persia es caracterizada por Curcio siguiendo el modelo de Nearco<sup>69</sup>. Para nuestro autor, estas regiones son la costa tórrida, pero benigna por la brisa marina; la región montañosa del Hindukush (Cáucaso para Curcio) y la llanura con abundante vegetación y agua, regada por los ríos Medo y Araxes. A ellas añade una cuarta: el interior, zona desértica, que los soldados de Alejandro *humanorum rerum terminos se videre credentum*<sup>70</sup>. En la descripción que da de estas zonas hace mención a la

<sup>61</sup> Cf., por ejemplo, V, 4, 5; VII, 3, 22, etc.

<sup>62</sup> Cf., V, 4, 5; III, 4, 6: *Namque perpetuo iugo montis asperi ac praerupti Cilicia includitur...*

<sup>63</sup> VII, 11, 1-4; cf., V, 3, 18-21.

<sup>64</sup> VIII, 10, 11.

<sup>65</sup> VIII, 9, 2 ss.

<sup>66</sup> III, 4, 2-4; 4, 12-13.

<sup>67</sup> V, 3, 16; cf., Arri., *Anab.*, III, 18, 2; Diod., LXVIII, 1.

<sup>68</sup> IV, 7, 6-8; 10-15.

<sup>69</sup> Nearco, en el que probablemente se basa Curcio para su descripción (al igual que Arriano para su *Indica*), distingue tres regiones naturales a tenor del clima, la producción y el paisaje: la costa tórrida, que sólo produce palmeras; la llanura fértil, con abundante agua y la región montañosa y fría.

<sup>70</sup> V, 6, 13; V, 4, 5-10. La digresión sobre Persia sin llegar a ser modélica es bastante completa. No obstante, comete errores, algo normal por tenerlos sus fuentes: *mare Rubrum* es el Golfo Pérsico; el Araxes no era afluente del Medo, sino al contrario, etc.



navegabilidad del Medo. Preocupación eminentemente estraboniana, de la que es receptor en este caso Curcio, en su afán por indicar las rutas para una mejor y planificada explotación de los terrenos a colonizar. Alude a la salubridad de la región motivada por su clima. Esta debe su benignidad a la acción conjunta de montañas y mar. Aquí Curcio muestra una preocupación casuística del porqué de las cosas, alejándose de lo meramente descriptivo que frecuentemente acompaña su narrativa. En contraposición a lo expuesto está el interior de Persia. Prototipo de zona salvaje, hostil, bárbara; dominio del desierto y de las nieves; hábitat característico de poblaciones salvajes. La rudeza del clima y del medio le permiten estar aisladas, sin comunicación con otras gentes, sin comercio. Ellos mismos viven en agrupamientos dispersos, en chozas. Su aislamiento es su protección, la hostilidad de su hábitat se plasma en la fiera de su carácter (determinismo). Estas poblaciones reúnen, pues, todos los requisitos para ser catalogados según las concepciones romanas de bárbaros.

Idéntica apreciación puede hacerse de los mardos. En la descripción de este pueblo, Curcio, no obstante, matiza. Matización que vendrá de la mano de su distinción en cuanto a su forma de vida diferente del resto de los persas<sup>71</sup>. Ellos, igualmente, representan el prototipo del pueblo no civilizado, según las concepciones romanas.

Si Curcio se detiene en narrar las características de estos pueblos, es debido, una vez más, a su intencionalidad. Reflejados como modelo de hostilidad al igual que el medio que habitan, Alejandro los somete sin utilizar la fuerza, gracias a su grandiosidad y dotes.

Los bosques y las tierras que conducen a Hicarnia son calificadas como "feraces"; zona regada por el original Ziobetis (ya mencionado) estará habitada por pueblos calificados por Curcio como belicosos (carácter de barbarie), lo que hace desconfiar a Alejandro<sup>72</sup>. De igual forma, toda la zona que circunda el mar Negro (Caspio para Curcio) la pueblan naciones que parece, tienen este carácter. De dicho mar refiere el exotismo de sus animales y la originalidad de sus aguas debido a su dulzor, así como el de las producciones de tierras próximas que algunos autores hacen coincidir con el maná bíblico<sup>73</sup>. El mismo tipo de cuadro desarrolla para árboles de la región extrema de Hicarnia<sup>74</sup>. Así, pues, Hicarnia, merece a los ojos de Curcio sólo alusiones exóticas. Su descripción es un tanto superficial, sin finalidad práctica, sólo persigue la amenidad ante lo raro de los elementos de su exposición.

De Bactriana realiza una doble división, atendiendo a su flora, hidrografía, naturaleza de la tierra, economía y clima. A la riqueza de sus valles, regados por abundante agua, dedicados al cultivo o a pastos, contraponen la desértica. Esta, individualizada por la dureza de su clima, por sus dunas movedizas, sus brumas y esterilidad<sup>75</sup>.

Antes, Curcio hace mención a los habitantes de la región del Parapámisos, cuyos habitantes *parapanisadae appellantur, agreste hominum genus et inter barbaros maxime inconditum*<sup>76</sup>. Para corroborar su opinión sobre ellos, describe su forma de vida, haciendo alusión a todos los elementos a su alcance que caracterizan su condición de bárbaros.

Idéntica singularización realiza de la Sogdiana. Al desierto contraponen la zona regada por el Politimeto. Ambos, a lo "ancho" el primero y a lo "largo" el segundo, la caracterizan<sup>77</sup>.

La desertización es el elemento que resalta nuestro autor de la Escitia así como la falta de delimitación, en lo cual Curcio no es original. El hecho de hallarse fuera del Imperio romano y lo mutante de sus fronteras, son los elementos que contribuyen a que la mayoría de los escritores de la

---

<sup>71</sup> V, 6, 17.

<sup>72</sup> VI, 4, 3.

<sup>73</sup> VI, 4, 16-22. Cf., Plin., XII, 8, 34.

<sup>74</sup> VI, 5, 13-17.

<sup>75</sup> VII, 4, 26-31.

<sup>76</sup> VII, 3, 6-11.

<sup>77</sup> VII, 10, 1-4. La fuente de Curcio para esta región de Hindukush, al igual que para la Bactriana, parece fue Aristóbulo, el mismo Arriano lo cita expresamente (III, 28, 5; 7).

antigüedad tuviesen el problema que patentiza Curcio<sup>78</sup>. El análisis que realiza de ella es muy superficial, aludiendo veladamente a su carácter de lugar desértico<sup>79</sup>. No menciona su clima invernal como hacen Virgilio u Ovidio<sup>80</sup>. Posiblemente estemos aquí ante el Curcio prudente que no se atreve a describir zonas en las que sus fuentes no son claras.

La descripción de la India es la más completa. Es aquí donde Curcio se nos manifiesta como un verdadero logógrafo, al cumplir su *logoi* sobre la región todos los requisitos que caracterizarán la Geografía Descriptiva. No obstante, y sin que ello sirva de desmérito hacia su obra, la zona fue ampliamente estudiada por otros autores de la antigüedad<sup>81</sup>. Para la descripción de la región probablemente utilizó a Nearco como fuente. Bien directamente o a través de Arriano. Su enfoque es general, aludiendo a su forma, relieve, ríos, clima, mar, fauna, flora y economía<sup>82</sup>. El autor, pues, da una abundancia de datos que contrasta con la manifiesta parquedad que patentiza para otras regiones.

La explicación a esta "originalidad" habrá que buscarla en varios motivos. Son los consabidos y mencionados gustos del romano por lo oriental, lo exótico, lo desconocido. El canto a la hazaña del macedonio, que se adentró en zonas inalcanzables, hasta la fecha, por ningún europeo. Sus riquezas, tan detalladamente expuestas, serán el botín, el premio a tantos sufrimientos. No obstante, su moralismo estoico le hace entender el lujo como corrupción. Tal vez Curcio, con sus reiteradas alusiones a estos regalos de la naturaleza y su acaparamiento por las tropas de Alejandro, esté criticando veladamente a Roma. Al paulatino caminar de su sociedad y de la corte de los césares hacia el lujo oriental y, mediante él, a la relajación de costumbres, a la decadencia. Ello ocurrió en civilizaciones de la zona que en otros tiempos eran modelo de opulencia, y que, en su época, casi habían desaparecido.

Puede aducirse, igualmente, que en estos párrafos Curcio es seguidor del ideario de Estrabón. Sabido es que la obra del griego era en gran medida un compendio puesto a disposición del Estado para una mejor explotación de las distintas regiones del Imperio.

A la vista del quehacer de Quinto Curcio sólo nos resta decir que su labor geográfica no fue innovadora, tampoco causuística, sino descriptiva. Ello no implica ni falta de sistematización ni de veracidad ni le resta importancia. Su obra, eminentemente cronística, hace prevalecer el hecho humano y, éste asiduamente oscurece el escenario geográfico en el que se desenvuelven sus actos. Las digresiones geográficas de nuestro autor se cifan armónicamente a la epopeya alejandrina que con el patetismo de algunas descripciones, trata de ennoblecer. Su análisis geográfico, en suma, sin llegar al detallismo de Arriano, consigue superar al de Diodoro Sículo o Plutarco en sus respectivas versiones de la obra de Alejandro.

---

<sup>78</sup> Estrabón (I, 7; VII, 311; XI, 409); Heródoto (II, 22; IV), Pomponio Mela (I, 11; II, 2, 6; 8; III, 36), etc., presenta el mismo problema.

<sup>79</sup> VI, 2, 13; VII, 7, 3; VII, 3, 19. No obstante, Curcio distingue entre escitas europeos (zona del Tanais, no hostil al poblamiento) y la septentrional, con bosques impenetrables y regiones desérticas.

<sup>80</sup> *Georg.*, III, 349-383; *Ov.*, III, *eleg.*

<sup>81</sup> Heródoto (III, 98; 106; IV, 40, etc.), Estrabón (II, 70; XI, 514), Séneca, (*Nat. Quas.*, IVa, 2, 18; *Oed.*, 112; 114; 122-123; *H. Oet.*, 41; *Thy.*, 602), Plinio (VI, 70), Ovidio, (*Meta.*, II, 235-235), etc., realizan continuas alusiones a ella, cayendo generalmente en ciertos tópicos folklóricos.

<sup>82</sup> VIII, 9, 2-37; IX, 1, 4; 9-11; 32-34. Sorprende en esta descripción que no aluda al carácter del Ganges en su desembocadura en el *Gangeticus Sinus*. La causa está motivada probablemente ante las distintas posturas que adquieren sus fuentes al hablarnos del número de bocas del río en este momento. Cf., F. Celoria, "Delta as geographical concept", *Isis* LVII, 1966, 385-388.